



**Monasterio Sagrado Corazón - 19 de abril de 1998
40º aniversario del traslado
de la Sierva de Dios sor Consolata Betrone**

ENTRAR - SALIR IR - VENIR

HOMILIA DE MONS. GIOVANNI LUCIANO

Estos verbos, muy frecuentes en el lenguaje común, repiten una banal y monótona vida cotidiana. Los mismos verbos, usados con mayor parsimonia en un monasterio, asumen una importancia decisiva, un significado más importante, que compromete más, a veces vital.

Entrar, en su acepción más sencilla comporta el paso de un lugar exterior a otro interior, movimiento que se hace varias veces al día, incluso inconscientemente.

Entrar, *en un monasterio*, tiene un significado muy especial. Representa, sí, un paso del exterior al interior, pero un paso meditado, a veces sufrido, siempre en plena consciencia, ya que se considera definitivo. Quien lo hace tiene que dejar fuera, sin echar de menos, el mundo con sus atractivos, sus amores fugaces y sus falsas promesas de bienes efímeros, para abrazar aquél tipo de vida que reina en el interior, es decir una vida pobre y austera, basada en la búsqueda de la posesión de Dios, con la promesa de encontrarlo y poseerlo para siempre en la eternidad, y en el continuo y arduo holocausto de sí mismo para la salvación de todas las almas. Quien entra no se encuentra sólo de paso, sino que entra para permanecer. Por lo tanto, una entrada que no prevé salida, si no en casos muy raros y de extrema gravedad. **Salir**, en la excepción común, no significa sólo el movimiento de un lugar interior a uno exterior, sino también ***liberarse de una determinada situación - cesar una actividad - exhibirse - ir a una diversión***, significados todos que implican ***una recobrada libertad - el ejercicio de la propia autonomía - la ostentación de la propia personalidad - el deseo de gozar de la vida***.

Salir, en un monasterio, no es un verbo muy conjugado, porque quien entra renuncia a la propia libertad y a la autonomía, ofreciéndolas a Dios para sí y para las almas, y no piensa de ningún modo en recuperarlas; no desea cambiar ni su situación ni sus actividades; no busca exhibirse después de elegir el ocultamiento; y en su laboriosidad no encuentra espacio para las diversiones. Cada salida, ya sea esta definitiva o sólo temporal, no se produce sin un dolor proporcionado a su causa.

Ir - venir son también verbos de acción libre, de movimiento de vasto alcance, de posesión y dominio del tiempo y del espacio, y describen frecuentemente la actividad frenética del hombre moderno ocupado. *En un monasterio* se usan con una cierta parsimonia porque **actividad, tiempo y espacio** referentes a las religiosas están administrados por la Sta. Regla y están ordenados, bajo la responsabilidad de las Superiores, en un calendario mensual o semanal que establece el papel de cada una, para el mejor uso de las cosas terrenas en la búsqueda de los bienes eternos.

El paso moderadamente rápido de las religiosas revela su grado de autocontrol, la intensidad de su retiro, la prontitud de su obediencia. ¡Ninguna demora, pero ninguna precipitación en servir al Señor! Estos verbos, en la vida de la Sierva de Dios sor Consolata Betrone, han repetido momentos felices y tristes, momentos importantes y determinantes, momentos 'fuertes' que han dejado una huella profunda en su alma.

!Cuánto le costó obtener de su familia el consentimiento para aquella **1a entrada** en Valdocco, en las Hijas de María Auxiliadora, el lunes 26 de enero de 1925! Sin embargo, pocos se dieron cuenta que sus lagrimas, derramadas aquél día por la separación de sus seres queridos, se habían convertido en lagrimas de felicidad por ser **finalmente** "toda de Jesús". ¿Finalmente? - "*¿Habría continuado siempre así? - Esta es la pregunta que ella se hacía*". Jesús la quiere verdaderamente toda para sí, pero la espera y la quiere conducir por un camino más accidentado, no por los caminos del mundo, sino en la soledad de un breve, pero intenso calvario. El 17 de abril de 1926, después de una dolorosa crisis de **crecimiento** espiritual, no por falta de vocación ni de generosidad, sino para la búsqueda de una donación mayor, más exclusiva, más escondida, Pierina Betrone **sale** del convento y regresa a la familia. La encuentran a faltar sus superiores y sus compañeras.

Pierina no puede estar fuera durante mucho tiempo, el mundo no es su ambiente. Su **2a entrada**, en las austeras *Taidine del Santo Cotolengo*, es también fruto de una inocente e ingenua astucia. En las *Taidine* están solamente admitidas las pecadoras convertidas. "*Se presentó en el monasterio y le preguntaron sobre su vocación: - '¿Quizás has caído?' - le preguntó la Superiora. - '¡Si, si. Varias veces! - ¡Es suficiente! concluyó la Madre e inmediatamente la aceptaron. 'Entonces - así años después*

explicaba riendo sor Consolata - quería decir que me había caído muchas veces al suelo”. Pero Jesús no la quiere en un lugar elegido por ella y de su agrado, por esto dispone que *“el 19 de agosto de 1928, por motivos de salud, (sea antes) trasladada entre las religiosas de Santa Marta”* y que *“aumentando las pruebas de espíritu, el 26 de agosto (siguiente) deje espontáneamente el Instituto”*. Ahora es el mismo Jesús a dirigir sus pasos. El 17 de abril de 1929, el mismo día, pero tres años después de su primera salida del Instituto de las salesianas, llega finalmente al monasterio de las Clarisas Capuchinas de Borgo Po. Esta **3a entrada** está extrañamente motivada por ella así: ***“¡Nada me atrae de las Capuchinas!”***. Le revelará después la voz de Jesús, que había entrado en mística intimidad con ella: ***“¡Yo, te quería y te he conducido hasta las Capuchinas!”***.

Las sucesivas **entradas y salidas** de sor Consolata del Monasterio son de carácter grave o de extrema gravedad, contemplado por la S. Regla... Su **4a entrada**, la del 2 de julio de 1939 en el Monasterio, significa para ella el avanzar de la soledad en el camino del Calvario...**Breves años** los define, con intuición profética, los siete que transcurrirá todavía subiendo al calvario del espíritu, que se fortifica en el abandono, y él de un cuerpo martirizado poco a poco, pero en destrucción progresiva.

¡Saldrá! No se cuantas veces exactamente, pero siempre para comprobar el avanzar de su mal mediante visitas y exámenes médicos, dolorosos para el cuerpo y angustiosos para el espíritu...**Salió** para **entrar** en el sanatorio de Lanzo Torinese el 4 de noviembre de 1945. ***“Aquél día el Monasterio parecía que estuviera de luto; sentían todas un grande vacío”***.

Sor Consolata sufrió las penas mayores, del espíritu y del cuerpo, fuera de su monasterio, acomunada a Jesús en este alejamiento de los afectos, en esta pobreza absoluta, incluso de una casa propia, de un lugar propio donde esperar serenamente la muerte, tensa hasta el espasmo hacia el encuentro futuro con el Dios-amor...El 3 de julio de 1946 **vuelve** del sanatorio. Jesús, a través de la Madre Abadesa, no la deja morir fuera de su amado Monasterio y lejos de sus hermanas. El jueves 18 de julio, hacia las seis de la mañana ***“todo se ha consumado”***.

“Los restos mortales de sor Consolata, el 17 de abril de 1958 regresan al monasterio”.

Esta es la escueta, esquelética noticia dada por su biógrafo que no osa anticipar el juicio de santidad de la Iglesia. Pero la gente de Moriondo y quien había conocido la Sierva de Dios se había unido a las hermanas numerosamente para acoger con alegría y



triunfalmente los pobres y escasos restos de su benefactora espiritual.

De hecho, P. Alessandro desde Bra, relator de la época en el periódico "*Sendero Franciscano*" del junio-julio de 1958 escribe: "A pesar de que no se hubiesen hecho invitaciones para dar a la ceremonia un carácter privado, y no obstante la nieve que caía insistentemente desde hacía horas, no fueron pocas las personas, sacerdotes, religiosas, escolares, parientes y admiradores, que quisieron asistir a la sepultura del cadáver". Nos informa después que **"en la mañana del día 17 el fraile sol también celebraba que nuestra hermana volvía a su casa"**. Y continúa: **"el féretro, precedido por los niños de la escuela infantil, por los alumnos de la escuela y por mucha gente del lugar se llevó a la iglesia parroquial y después al Monasterio"**. Pero - nos preguntamos - ¿porqué hace cuarenta años se hizo una amorosa acogida a los pocos y pobres restos mortales de una Clarisa Capuchina?, ¿Porqué con una imponente manifestación que movilizó muchas personas se honraron los humildes huesos de Sor Consolata? ¿No era suficiente ilustrar, en el décimo aniversario de su muerte, la excelsa figura de una devota y conmovida conmemoración? ¿Porqué queremos recordar el acontecimiento todavía hoy con esta solemne Eucaristía?

La **"Historia de un alma"** no hay que separarla de la **"historia de su relativo cuerpo"**, de aquél cuerpo que Dios, en colaboración con los padres, "se ha formado desde el seno materno" (Is 44,2.24; cf. Is 46,3; Sal 22[21],10) y destinado a acompañarla y con ella dialogar durante todos los días de su vida mortal. Cuerpo que, instrumento material de los actos humanos, se convierte en corresponsable, y por consiguiente está llamado a compartir alegrías y dolores, premios y castigos, bodrio o gloria... De hecho, el Señor no abandona el justo al olvido y a la corrupción del sepulcro, cuando: **"Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios lo glorificará por su parte, y pronto lo acogerá en la gloria"** (cf. Jn 13,31-32). Estas últimas palabras, que Jesús atribuye a si mismo al dar su conmovedor adiós a los apóstoles, se pueden aplicar también a sor Consolata, que Él no "abandonó en un sepulcro" común, ni la dejó de cualquier modo "ver la corrupción". Al contrario ha iniciado pronto la glorificación. Lo decimos sin ninguna intención de anticipar el criterio de la Iglesia, sin ninguna pretensión de influir sobre su decisión definitiva, pero al recordar el hecho histórico de la exhumación y traslado de los huesos bendecidos de sor Consolata, que aconteció hace cuarenta años, y al constatar el interés, la devoción y el amor de que son objeto por parte de muchas personas, en su actual colocación...

Hoy, después de cuarenta años del acontecimiento, estamos de nuevo aquí, numerosos, para solemnizar con alegría su regreso a casa, su **última entrada** en el Monasterio, una **entrada** muy diferente de las anteriores, con una colocación muy diferente en el corazón de la

comunidad. No más en el último sitio, elegido por ella misma, no más en una celda estrecha y despojada, sino en un puesto de honor, cerca de Jesús, en un lugar de elegante sobriedad. En un lugar accesible a todos, para que pueda continuar, ahora sin fatiga ni dolor, sus menesteres de siempre:

- ❖ Como **Corista**, para ayudarnos a que nuestras oraciones sean un verdadero canto de amor a Dios, un acto de amor a Jesús y María, invocando la salvación de sus almas;
- ❖ Como **Secretaria**, para que sea todavía y siga siendo siempre depositaria de nuestros secretos;
- ❖ Como **Zapatera**, a la cual pedimos de proveernos de calzado sólido, que obliguen y mantengan nuestros pies seguros en el camino de la vida, y ágiles en el camino de la santidad;
- ❖ Como **Cocinera**, para prepararnos, con sus escritos ascéticos y sus inspiraciones, el alimento espiritual tan nutritivo para nuestras almas;
- ❖ Como **Enfermera**, para curar nuestras heridas morales, nuestras enfermedades espirituales, cuidar de nuestras exigencias corporales; y enseñarnos a sufrir, como ella, serenamente y de modo meritorio;
- ❖ Como **Portera**, para indicarnos la ***"la puerta del cielo"***, con el deseo de encontrarla lista para abrírnosla de par en par cuando alcanzaremos también nosotros el descanso eterno.

Que así sea.